



Chiharu Shiota y Ana Vallés. EL MUNDO

ARTE

La fábrica de hormigón de un pueblo de Lleida que muestra las mayores obras de arte del mundo

La Fundació Sorigué ha construido una insólita ciudad del arte entre instalaciones industriales. Su último 'tesoro' es un pabellón dedicado a una instalación de la artista japonesa Chiharu Shiota

Ver 4 comentarios

Campos de cereales y olivos, alguna granja con ovejas y más campos. En medio de ese paisaje rural, árido y de tonos amarillentos, se extiende el polígono Sorigué, una cantera donde la piedra se transforma en hormigón para autopistas, túneles de metro o estructuras para obras. **Entre las excavadoras y los camiones emergen paisajes soñados: un zigurat babilónico, espectros que cruzan cascadas, una galaxia en miniatura...**

La cantera y el arte 'Site specific'

Porque en las naves del complejo industrial no solo hay maquinaria sino lienzos matéricos de siete metros de Anselm Kiefer, el videoarte de Bill Viola o el laberinto arquitectónico que Juan Muñoz diseñó hace 20 años para la Tate Modern. Son las instalaciones de arte contemporáneo que conforman PLANTA, un museo que no es un museo y que ha fascinado a artistas como **William Kentridge o Wim Wenders**.

PUBLICIDAD

A media hora de Lleida, capital de provincia que no destaca precisamente por el arte contemporáneo (solo hay dos galerías), **PLANTA es un viaje a un no lugar, una fábrica en activo que convive con la vanguardia artística**. «El ruido de las piedras al caer de los camiones es como una lluvia constante. La piedra es un material natural con memoria, cada una tiene una historia. En cierto modo, es la misma materia que el cuerpo humano», dice **Chiharu Shiota**, artista japonesa cuyas instalaciones de hilos han dado la vuelta al mundo (el Museo de Taipei acaba de inaugurar una retrospectiva y en Tasmania se ha recreado una versión permanente de la pieza que presentó en la Bienal de Venecia, *The key in the hand*, **50.000 llaves suspendidas en hilos rojos**).

Shiota estrena un pabellón diseñado especialmente para ella: un cielo oscuro plagado de estrellas, un cosmos tejido en hilo negro y piedras que flotan como planetas. *In the beginning was* [así se llama la instalación] **remite al origen, al big bang, a la Biblia...**», explica Shiota, que está acabando de montar su universo y casi se confunde en él vestida de negro riguroso.

«Quería ser pintora. Pero **mis cuadros parecían de otros, no encontraba mi estilo**. Cuando descubrí el hilo me di cuenta de que podía dibujar en el aire, expresar mi identidad y mi originalidad», admite Shiota que, tras hacer Bellas Artes en Osaka, se fue a Berlín en 1996. Allí estudió con la madre de la *performance* moderna, **Marina Abramovic**. «Éramos 15 estudiantes de todas partes del mundo. **Uno de los ejercicios consistía en ayunar durante toda una semana, solo podíamos beber agua**. El último día nos despertó a las cinco de la mañana con un trozo de papel y un boli para que escribiéramos la primera palabra que nos viniera a la mente. **Escribí 'Japón'**. Tenía ganas de volver a casa», recuerda Shiota.



Las instalaciones del grupo Sorigué en Balaguer.

Más ejercicios de Abramovic, que siempre ha llevado el arte a la práctica más radical: «Pasarte una hora escribiendo tu nombre, **un gesto que haces en pocos segundos...** o estar una hora sentada delante de la clase sin que nadie hablara, solo ella».

Aunque en sus inicios Shiota coqueteó con la *performance* (se ha bañado en barro, se ha cubierto de sangre en Camberra, ha dormido en una de sus instalaciones, ha colgado su cordón umbilical en una obra...), son sus instalaciones monumentales las que la han convertido en una de las artistas internacionales más valoradas. **La suya es la poética de «la existencia en la ausencia»**, un concepto que resume en una parábola taoísta: «Un hombre sueña que es una mariposa. Pero, al despertar, no sabe si es un hombre que ha soñado con una mariposa o una mariposa que sueña ser un hombre», cuenta. Y sigue montando *In the beginning was...*, buscando la luz tenue perfecta para las piedras/estrellas.

«Esta obra de Shiota materializa la esencia de PLANTA. Se ha inspirado aquí, es la visión del paisaje mirado por un artista, un *site-specific* que une arquitectura y naturaleza», destaca Ana Vallés, presidenta del Grupo Sorigué y alma mater de PLANTA. Cuando tomó las riendas de la empresa, fundada por su tío en 1958, **también modernizó su Fundación con una colección de arte contemporáneo de más de 450 obras de artistas como Daniel Richter, Anish Kapoor, Doris Salcedo o Antonio López.** «Cada vez nos cuesta más emocionarnos. PLANTA tiene un punto de asombro: abres una puerta, entras y no esperas lo que te vas a encontrar. Quería recrear la sensación que tuve en el White Cube de Londres cuando vi los cuadros de Kiefer... **Así que pedí las medidas exactas de la sala y la construimos para instalarla igual.** Ese fue el embrión de PLANTA», explica Vallés.



El pabellón dedicado a Juan Muñoz. EL MUNDO

En 2010, el polígono Sorigué estrenó su **Pabellón Kiefer**, un luminoso cubo blanco donde se exponen tres inmensos lienzos cual tríptico monumental (el mayor de ellos, *Shevirath Ha Kelim* mide 3,30 por 7,60 metros).

En PLANTA cada artista tiene su propio pabellón. Para llegar a la Nave Juan Muñoz hay que cruzar en coche medio polígono, rodeando las montañas de grava y las cintas que transportan las piedras. **A ratos huele a alquitrán, suena una sirena a lo lejos y, de nuevo, esa lluvia de grava** (o un camión Dumper arrojando su carga). El entorno industrial da aún más potencia a *Double bind*, la instalación que Juan Muñoz diseñó para la Sala de Turbinas de la Tate hace justo 20 años. La inauguró en junio y dos meses después murió de un inesperado paro cardíaco. La Nave Muñoz, con esta monumental pieza que sólo se ha visto en Londres y en un hangar de la Fundación Pirelli de Milán, es un tributo al escultor. Y para mostrar el juego arquitectónico de *Double bind*, una instalación de tres niveles con esculturas escondidas (entre ellas un autorretrato de Muñoz), se construyó una rampa de entrada y **se elevó el techo de la nave para que fuera lo más parecida a la Tate**. Antes, era un almacén de dovelas para los túneles del metro de Barcelona.

Como el vecino Pabellón Kentridge, que aún **conserva marcas y arañazos en las paredes, un aire posindustrial** que encaja a la perfección con el desfile macabro de *More sweetly play the dance*, un vídeo de 2015 que presentó en el Eye Filmmuseum de Ámsterdam. Esta pieza dividida en ocho pantallas -45 metros de largo- es una procesión de personajes en sombra: refugiados, esclavos, enfermos de ébola (era la pandemia de entonces, ahora la relectura es otra)...

En el otro extremo del polígono, subiendo una colina, emerge **la capilla de Bill Viola**: un antiguo caserón de payés reformado para simular el interior de una iglesia, como el pequeño templo veneciano de San Gallo, donde se expuso el tríptico *Ocean without a shore* (2007). El propio Viola sólo aceptó vender la pieza a la Fundación Sorigué cuando **bajó al antiguo búnker de la Guerra Civil**, cerca del caserón. En ese angosto espacio, oscuro y húmedo, se expone en *loop* una pieza suya, *The returned*, sobre los que vuelven de la muerte. En PLANTA cada lugar tiene su obra de arte